



Juan Dittborn Santa Cruz\*

## Santiago querido...

### En avión

Viajo desde algún lugar del este de vuelta a mi ciudad natal, Santiago de Chile. Han sido varios meses de ausencia en los que alternaron buenos momentos, productivos en el trabajo y en el amor, con otros acompañados del consabido infortunio común, sazonado todo, por supuesto, con una no menor dosis de miseria neurótica. Distraído y cansado por las horas de vuelo, de pronto me sobresalta la voz del capitán del avión:

Señores pasajeros, estamos prontos a iniciar el cruce de la cordillera de los Andes. Nos acercamos a la ciudad de Santiago. Solicitamos abrocharse los cinturones, ya que es posible nos encontremos con zonas de turbulencia.

Desde ese aviso hasta el aterrizaje en la ciudad, empiezan a desfilar por la mirada de los pasajeros una infinita cadena de montañas nevadas que se pierden en el horizonte. Y

vuelven a perderse. Estamos más aislados del resto del mundo de lo que se piensa. Grandes, chicas, puntudas, redondeadas, deformes, majestuosas, caídas, en su conjunto dan lugar a una totalidad armoniosa y fuerte. La belleza es sobrecogedora. De pronto, el avión se mueve abruptamente en un tiritón prolongado que cambia el ritmo de mi respiración. ¡Una turbulencia! La belleza troca en temor. “¿Estarán enojadas o molestas las montañas?”, pensé para mis adentros. “Mejor no continuar mirándolas”. Recordé entonces a una profesora que enseñaba teoría psicoanalítica en los últimos años de la universidad. Hablaba de simbolismo y contaba del caso de una paciente cuya que había tenido un accidente grave esquiando. De pronto sentenció algo que en aquel tiempo retumbó en la sala de clases como un verdadero apotegma: “**¡Las montañas son los pechos!**”. “Será”, pensé.

Vuelvo a la cabina del avión. Han pasado unos diez minutos después de la turbulencia. Nuevamente...

Les habla el capitán. A la derecha del avión, hacia adelante, podrán observar el monte Aconcagua.

Imponente, emerge sobre sus colegas un monte notoriamente más alto. Sobrepassa los siete mil metros y se eleva majestuoso en una

actitud protectora. Nótese que es un monte y no una montaña. ¿Cuál es la diferencia entre un monte y una montaña? No me importa mucho. No obstante, llama mi atención que el monte sea masculino y las montañas femenino. “**¡El monte Aconcagua es el padre!**”, quizás habría exclamado la profesora de antaño.

“Podría ser”, pensé. Mal que mal, el susto había disminuido al observarlo y las turbulencias habían cesado.

Pensé: “¿Qué sensación se tendrá al escalar el monte y llegar a la cumbre?”. O sea que hemos viajado, sin que lo supiéramos, acompañados de *papá* y *mamá*. Se enoja ella poniéndose turbulenta, y nos apacigua él. Al revés: si no logro llegar a la cumbre del monte y me frustro, me acogerá plácida ella en sus nieves eternas.

### Metapsicología básica de Santiago: el punto de vista geográfico

Santiago es una ciudad rodeada por una envoltura montañosa y cruzada por un río, el Mapocho.

### La envoltura

La cordillera de los Andes y la cordillera de la Costa se entrelazan en una suerte de piel que cobija a los habitantes de la capital de Chile. A veces los encierra. También los alimenta y les da de beber. Suele otorgarles una sensación de seguridad al detener con su altura el eventual ingreso de estímulos que podrían llegar a ser nocivos. En otros momentos los aísla en demasía, al punto que el yo-piel del santiaguino parece estar dotado de cierto aire de soledad e inseguridad. Es decir, como toda envoltura o estructura de deslinde, oficia de continente, cumpliendo funciones bastante más sofisticadas que las de un mero recipiente sin vida. Este entrelazamiento cordillerano, que separa y une lo de afuera de la ciudad con lo de adentro, tiene una rica vida propia y ha jugado también un papel importante en la historia de



Chile y en su desarrollo. La energía que infunde a la atmósfera queda a la vista cuando un chileno honorable y admirado, el antipoeta Nicanor Parra (1969), quien por ciento tres años ha formado —y sigue con lúcida fuerza formando— parte de su contenido, declama:

*Tengo unas ganas locas de gritar  
Viva la cordillera de los Andes  
Muera la cordillera de la costa.  
La razón ni siquiera la sospecho  
Pero no puedo más:  
¡Viva la cordillera de los Andes!  
¡Muera la cordillera de la costa!  
Hace cuarenta años  
Que quería romper el horizonte,  
Ir más allá de mis propias narices,  
Pero no me atrevía.  
Ahora no señores  
Se terminaron las contemplaciones:  
¡Viva la cordillera de los Andes!  
¡Muera la cordillera de la Costa!*

### El río Mapocho

Es marrón, barroso. Su caudal varía dependiendo de la nieve acumulada en el invierno en la cordillera. Atraviesa Santiago, desemboca en otro río, hasta finiquitar su travesía en el océano Pacífico, al sur de Valparaíso y a cien kilómetros de la capital. Es torrencioso y desordenado cuando el caudal es nutrido; debilucho y frágil en época de sequía lluviosa. Ha habido proyectos de transformarlo en navegable. El Mapocho navegable ha hecho fantasear a los santiaguinos con el nacimiento de un nuevo río Sena que

\* Asociación Psicoanalítica Chilena.

podría cambiarnos el pelo. Harían su aparición barcos autóctonos que recorrerían los diversos puntos de la ciudad. Podríamos, de esta manera, llegar a hacernos partícipe de una no despreciable identificación adhesiva: como-si-fuésemos-parisinos. Habría que abandonar, eso sí, otra identidad mítica de los chilenos bastante arraigada, la que tampoco ha sido consecuencia de identificaciones introyectivas paulatinas y enriquecedoras con el visitante, aquella que nos ha situado como-si-fuésemos-los-ingleses-de-Latinoamérica. Se trataría de segundas pieles que han pretendido suplir un mal funcionamiento ocasional de la envoltura primaria de Santiago, conformada por la pareja cordillera de Los Andes/cordillera de la Costa.

El Mapocho forma parte de nuestro propio ser verdadero. Tanto es así, que en países vecinos nos apodan “mapochinos”. También se refieren a nosotros como “rotos”, palabra que deriva del estado calamitoso en que las tropas del ejército chileno volvían de las guerras que sostuvimos hace más de un siglo en el desierto con nuestros vecinos del norte.

Entonces, ni parisinos, ni ingleses. Simplemente rotos mapochinos. Será el estado de ánimo del ciudadano de Santiago el que le otorgue a dicho apodo las cualidades de lo bueno o de lo malo.

Nada mejor y más fácil, entonces, que apoyarnos en estos dos puntos cardinales santiaguinos, vale decir el río Mapocho y la cordillera de los Andes, para recorrer nuestro Santiago invisible, incursionando en algunos hitos o hechos seleccionados, que podrían dar cuenta de su personalidad, de su historia, de sus traumas, de su psicopatología, de su belleza, de sus fragmentaciones e integraciones, de sus lugares turísticos, de su maldad.

Previo a este recorrido, diré algo acerca de un punto cardinal propio y a la vez compartido por un pequeño grupo de santiaguinos. Se agrega a los otros dos mencionados. Lo visible, personifico, en el segundo piso de un moderno edificio ubicado en avenida Las Condes, no distante de la cordillera de los Andes, sí un tanto del río Mapocho. No es ni más ni menos que nuestra querida, y a veces también odiada, Asociación Psicoanalítica Chilena (APCH).

Fundada en 1948 por Ignacio Matte-Blanco, está actualmente constituida por alrededor

de ciento cincuenta colegas, entre miembros y analistas en formación. Cuando predomina en ella el Grupo de Trabajo, nos encontramos con un activo y creativo conjunto de analistas, hoy en día con una especial preocupación por la inserción en el mundo académico y cultural de Santiago y también de Chile. Organizó exitosamente el 41.º Congreso Internacional de Psicoanálisis en 1999, cuando era presidente de IPA también un chileno: Otto Kernberg.

Ahora bien, cuando acontece algún desborde del Mapocho o nevazón excesiva en la cordillera de los Andes, la APCH puede virar su funcionamiento, desde el normal clima mediterráneo santiaguino al turbulento clima de Supuesto Básico. Quizás como en todo grupo psicoanalítico, se me dirá. Sí, respondería, y agregaría: en los últimos tiempos, cuando algo así ha sucedido, se ha tendido a optar o por la Lucha o por la Fuga, a la santiaguina, por supuesto. No estoy autorizado para dar detalles.

### La cámara nupcial de Santiago

O el dormitorio de los padres, como quiera denominárselo. Me refiero a nuestro palacio presidencial, situado en pleno centro santiaguino, también en una de sus principales avenidas llamada Alameda de las Delicias, o simplemente “La Alameda”. Es el Palacio de la Moneda, comúnmente conocido como “La Moneda”. Debe su nombre a la función para la cual fue utilizada en sus inicios, esto es, centro de acuñación de monedas. Su construcción empezó en 1784, y solamente en el año 1846 se transformó en sede del gobierno.

Pero no todo es tan simple como la descripción que acabo de hacer en relación con el Palacio y su historia, como tampoco lo es aquello que sucede dentro del dormitorio en el que gobiernan *papá y mamá*.

### El Once

Uno de los hitos relevantes en la historia de Chile son los diecisiete años de dictadura militar que se iniciaron con el golpe acaecido aquel once de septiembre de 1973. Ese día, a primera hora por la mañana, tanques militares rodearon La Moneda. Le siguió un bando radial y televisivo, transmitido a todo Chile



por cadena nacional: fue claro y preciso en su anuncio y en sus advertencias. Luego de una breve descripción de la situación de la crisis en Chile, el bando número uno decía:

1. Que el señor Presidente de la República debe proceder a la inmediata entrega de su alto cargo a las Fuerzas Armadas y Carabineros de Chile.
2. Que las Fuerzas Armadas y el cuerpo de Carabineros de Chile están unidos, para iniciar la histórica y responsable misión de luchar por la liberación de la Patria del yugo marxista, y la restauración del orden y de la institucionalidad. (citado en Gallardo Prado, s. f.)

La situación en la ciudad era de confusión e incertidumbre. No había claridad sobre el rumbo que tomarían los acontecimientos. Solamente podían transmitirse comunicados emitidos por las nuevas autoridades. Una cierta luz sobre lo que se venía la dio el bando número dos, transmitido también por la mañana:

El Palacio de la Moneda deberá ser evacuado antes de las 11 AM, de lo contrario será atacado por la Fuerza **Aérea de Chile**. (citado en Gallardo Prado, s. f.)

Tuve la ocasión de presenciar con mis propios ojos la acción violenta, un bombardeo desproporcionado y brutal de los aviones supersónicos sobre el indefenso edificio. Por aquellos años yo vivía en el piso veinte de un edificio relativamente cercano al lugar de los hechos. Recuerdo que la gente empezó a correr por las calles huyendo en dirección a la cordillera.

Transcurrieron los años, se recuperó la

democracia y se dio en el país, no sin dificultades, un proceso de elaboración de aquello que había sido, a todas luces, un evento traumático colectivo prolongado. Desfilieron procesos judiciales a militares que fueron condenados, se supo sobre la brutalidad de la tortura y sobre la cantidad de detenidos desaparecidos. Recuérdese que Pinochet fue tomado preso en Londres al ir a recibir cuidados médicos, tras una orden de detención dictaminada por el juez español Baltazar Garzón.

### El museo de la memoria

Caminando varias cuadras desde La Moneda en sentido contrario a la cordillera, se encuentra un museo que fue construido con la finalidad de

dar visibilidad a las violaciones a los derechos humanos cometidas por el Estado de Chile entre 1973 y 1990; a dignificar a las víctimas y a sus familias; y a estimular la reflexión y el debate sobre la importancia del respeto y la tolerancia, para que estos hechos nunca más se repitan.

[...] A través de objetos, documentos y archivos en diferentes soportes y formatos, y una innovadora propuesta visual y sonora, es posible conocer parte de esta historia: el golpe de Estado, la represión de los años posteriores, la resistencia, el exilio, la solidaridad internacional y la defensa de los derechos humanos. (Museo de la Memoria y los Derechos Humanos, s. f.)

Se ha constituido en visita obligada para cualquier visitante a nuestra ciudad de Santiago. La experiencia es sobrecogedora.

## Piso veinte

Cambiaremos por un momento de destino en nuestra visita a Santiago invisible. Iremos a pasear al cerro. Me servirá también como distracción. ¿Distracción de qué?, se me preguntará. De algo que está también en mi memoria y que suele reactivarse cuando me sumerjo, *con posterioridad*, en los acontecimientos de la época. Lo recuerdo junto con los lectores, mientras camino desde el Palacio de La Moneda, hoy totalmente reconstituido, unas pocas cuadras en dirección a la cordillera, nuevamente.

En aquel mismo piso veinte desde el que pude presenciar los acontecimientos narrados, pudo haber tenido lugar un episodio dramático. Era doce de septiembre, el día después. Había toque de queda por todo el día, no se podía salir a las calles. Ese mediodía yo miraba distraídamente desde la altura la ciudad de Santiago vacía, por un ventanal de vasta panorámica. De pronto, dos policías aparecieron por Lira, una de las calles en que se ubicaba el edificio. Ambos caminaban atentos, sendas metralletas en mano. De pronto, uno de ellos mira abruptamente hacia arriba, en dirección a mi persona, que debe haberse visto diminuta desde abajo. Solo recuerdo que, sin miramientos, apunta hacia la ventana, hace varios disparos que rompieron violentamente los vidrios, a no más de cincuenta centímetros de su seguro servidor, hoy psicoanalista santiaguino, en aquellos tiempos estudiante universitario. Quedaron dos incrustaciones producidas por las balas en el techo del departamento, que permanecieron como huellas del terror por muchos años. Habían tirado a matar(me). En esos momentos sentí pavor... ¿Subirían por mí?... No, dieron vuelta la esquina y desaparecieron sin dejar rastro. Recuerdo a Violeta Parra...

Gracias a la vida,  
que me ha dado tanto;  
me dio el corazón,  
que agita su marco  
cuando miro el fruto  
del cerebro humano,  
cuando miro al bueno  
tan lejos del malo,  
cuando miro el fondo  
de tus ojos claros<sup>1</sup>

## Otro once

Desvanecido el recuerdo, seguimos caminando. Divisamos, en medio de los edificios y del tránsito callejero de la propia avenida Alameda, un pequeño cerro, bellamente plantado de árboles, arbustos y flores, recorrido por senderos, y en cuya cima hay algunos monumentos, murales, y una terraza desde la cual es posible tener una panorámica de la ciudad. Esta pequeña colina empotrada en pleno centro de Santiago es un lugar de atracción turística, también de paseo para parejas enamoradas, o de familias en búsqueda del disfrute sabatino o dominical. Esto de día. Por las noches, con los focos de iluminación apagados, parece cambiar bastante el tenor de las actividades que acontecen en su interior.

Es el actual cerro Santa Lucía. Durante la colonia era llamado Huelén, que significa en mapudungun “dolor” o “melancolía”. Por más de un siglo, a las doce en punto de cada día, los santiaguinos podían ajustar sus actividades, y después sus relojes, guiándose por el poderoso estampido de un puntual cañonazo que salía de sus entrañas. *El cañonazo de las doce*.

La ceremonia de fundación de la ciudad fue en su cumbre. Pero hay un episodio de aquella época que nos interesa. El cerro también ha de haber estado involucrado. Regresemos un poco en el tiempo, nuevamente hasta 1541. Para nuestro asombro, exactamente un once de septiembre, justo un mes después de la fundación de Santiago por Pedro de Valdivia, al gran Cacique mapuche Michimalonco junto con su hermano Trajalongo, invadieron la ciudad recién fundada. Seguramente lucía bien vestida, recién maquillada, hermosada, recién inaugurada. La quemaron en buena parte.

Tenemos, entonces, dos onces para conservar en nuestra memoria. Uno ocurrido con la finalidad de recobrar la madre tierra usurpada por extraños invasores poderosos, otro representado por aviones y metralletas que atacan a mansalva un interior que no puede defenderse. El primero, expresión de un ímpetu por recobrar a la madre robada y reinstalar la escena de un coito creativo con ella. El segundo,

representación de un ataque omnipotente a la madre, que además ya contenía en su interior al padre muerto, pues Allende adentro del Palacio de la Moneda, tal vez hacia la hora del bombardeo, ya se había suicidado. Una verdadera ostentación de fuerza mediante un coito destructivo de proporciones grotescas.

## Santiago fragmentado

La capital de Chile no es una ciudad integrada. No es caminable como lo son otras ciudades del mundo, en que uno transita natural y secuencialmente de un barrio a otro, como si cada uno complementara —y completara— de alguna manera lo que no estaba en el anterior. Santiago es largo y amplio, y, cual pequeñas subciudades, los barrios se autodesarrollan, cada uno con sus particularidades, arquitecturas, actividades culturales, gastronomías, tiendecillas artesanales y también pequeños delincuentes.

La vida social, la vida nocturna, acontecen más en los hogares que en el deambular por confiterías o por calles iluminadas y bulliciosas. A los lugares se va en automóvil, en metro o locomoción colectiva. Desplazarse en Santiago implica un esfuerzo, en ocasiones poco amigable. No obstante, el amigo o el invitado extranjero son bien recibidos en casa: buen pisco sour y buen vino tinto Carmenera, la cepa insigne de Chile *¡Pruébela cuando nos visite!*

## Una escisión horizontal

Es liderada por plaza Italia. Hasta hace no muchos años, se hablaba con cierta naturalidad de los que vivían de plaza Italia para arriba y los que lo hacían de plaza Italia para abajo. Para arriba, es hacia la cordillera, hacia el barrio alto. Habitan las clases más acomodadas y están concentrados allí los barrios chics y la riqueza. Para abajo y en un degradé quizás progresivo en dirección contraria a la cordillera, están los barrios más antiguos, menos cuidados, incluido el centro. También es aquí donde se sitúa con mayor fuerza la pobreza. Santiago ha crecido y se ha desarrollado hacia la cordillera de los Andes, en trancos sucesivos de progreso. Antaño terminaba en plaza Italia.

## Una escisión vertical

Un brazo nortino de la cordillera de los Andes penetra Santiago y lo separa también en dos. Es el cerro San Cristóbal que luce, imponente en la cumbre, un gran monumento de la virgen con sus brazos abiertos. Nadie se salva de su mirada. Puede llegarse a ella en un funicular que lentamente depositará al visitante en su santo regazo. *Mamá* nuevamente.

## Integración e inmigración

La inmigración en Santiago ha tenido un crecimiento muy fuerte, casi explosivo en los últimos años. Peruanos y colombianos encabezan el número; en los últimos tiempos venezolanos y particularmente haitianos. Han empezado, poco a poco a establecerse, también dando origen a barrios específicos en los que han tendido a predominar sus costumbres, hábitos, ritos, preferencias culinarias. Es el ejemplo de *La Pequeña Lima* al costado de la Plaza de Armas, nuestro Zócalo santiaguino, y de los haitianos que se han concentrado en el barrio Estación central ubicado varias cuadras desde plaza Italia hacia abajo, en sentido contrario a la cordillera de los Andes. Hace unos años, era poco común ver habitantes de color en la capital. Hoy, la diversidad racial forma parte natural de su paisaje.

Santiago ha cambiado mucho en las últimas décadas. Al parecer cambiará cada día más rápido. Cierta tenue sentimiento de despersonalización y desrealización, como lo describiría la clásica semiología psiquiátrica, debe invadir fugazmente a sus habitantes, estoy seguro.

## Referencias

- Gallardo Prado, B., (s. f.) Bandos de la dictadura chilena de 1973 a 1980. Recuperado de: <http://bandos1973.blogspot.com.ar/2011/06/bando-n-2-11-de-septiembre-de-1973.html>
- Museo de la Memoria y los Derechos Humanos (s. f.). Sobre el museo. Recuperado de: <https://ww3.museodelamemoria.cl/sobre-el-museo/>
- Parra, N (1969). Viva la cordillera de los Andes. En N. Parra, *Obra Gruesa*. Santiago: Universitaria.

1. Este año 2017 se cumplen cien años del nacimiento de nuestra querida y polifacética artista chilena (1917-1967).